

# Las infamias del libro. Notas sobre el libro y los librereros de viejo durante la pandemia por COVID-19 en la Ciudad de México

Marina Alonso Bolaños\*

*Un cliente hasta me preguntó que si el papel [de los libros usados] ise puede desinfectar!*

[Raúl Pérez, testimonio, Ciudad de México, abril de 2020]

Llegó a Moscú en calidad de estudiante, pero abandonó la universidad y se involucró con mafias locales en el mercado negro de dólares y otras divisas. En esas correrías, se enamoró de una mujer moscovita con quien se estableció en un barrio popular de la ciudad. Durante mucho tiempo, resguardó disciplinadamente, dentro de maletas de viaje en casa de sus suegros, los miles de rublos en billetes obtenidos mediante el intercambio clandestino de monedas extranjeras. Después de casi una década de ser perseguido por la milicia soviética, José Ramón Ruiz<sup>1</sup> fue capturado. El detective encargado de su localización le confió que, gracias a su aprehensión, recibiría por fin el permiso de sus superiores para gozar de vacaciones, después de años de no haber cumplido con la encomienda de encontrarlo. Así fue como José Ramón fue deportado a México. No pudo avisar a su mujer ni amigos y, en la primera oportunidad que tuvo, una vez que cayó el muro de Berlín y avanzada la perestroika, volvió a Moscú. Conocedor del idioma ruso y de otras prácticas culturales, logró encontrar a su amada, quien, pensando que había muerto, se había casado con otro hombre —ella desconocía la existencia de los billetes en casa de sus padres, dinero que ahora había perdido totalmente su valor—. Desengañado, José Ramón volvió a su país e inició un pequeño negocio de comercio informal de libros usados y cháchara en un mercado de la Ciudad de México. En los años recientes, los objetos *vintage* se han puesto de moda como símbolo de lo cosmopolita y lo alternativo. Así, la venta de ropa usada, artículos viejos que en algún momento fueron considerados de lujo, y muchos libros de lectores

\* Fonoteca del INAH (marina\_alonso@inah.gob.mx).

1. A petición de los sujetos se han modificado sus nombres en el presente artículo.

pasados, adquiridos en calidad de adornos, le brindó a este comerciante la posibilidad de llevar una vida cómoda y, hasta cierto punto, segura, que le permitiría sobrellevar su mala salud.

Como la de José Ramón, la vida de muchos otros libreros de viejo ha salido a la luz a raíz de la pandemia, porque el confinamiento detuvo, en cierta medida, la intensidad del mercado diario en las calles y la vida cotidiana emergió como una esfera a la cual había que trasladar la mirada etnográfica.

Para los sectores económicos medios y altos y para los grupos ilustrados de la Ciudad de México, este periodo ha representado una oportunidad para reflexionar, para disfrutar tiempo con sus familias y cocinar para todos. Los intelectuales escriben y opinan sobre la necesidad de reconectarnos con el planeta y recurren, una y otra vez, al cliché de advertencia de que si continuamos destruyendo la naturaleza la humanidad perecerá. Pero, como sabemos muy bien, para otros es necesario salir. Así, aunque la mayoría de los libreros acató la política de #Quédateencasa, estrategia de mitigación del contagio implementada por el gobierno federal, otros, quizá un tanto incrédulos de la emergencia sanitaria y muchos más ocupados por su sustento, apostaron por los resquicios que la propia ciudad ofrece para salir y comerciar: “Esta ciudad es muy bondadosa: todos encuentran algo aquí”, dice un librero [Manuel Cruz, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020]. Si bien se llevan a cabo operaciones de compra-venta en las plataformas de Mercado Libre, Facebook o por WhatsApp, las entregas de libros no se efectúan por mensajería sino que se concretan presencialmente.

## **La ciudad bondadosa**

Debido a su gran complejidad, sería prácticamente imposible describir lo que es, hoy en día, el comercio informal en la Ciudad de México y la Zona Metropolitana. Alrededor de 22 millones de habitantes la han consagrado como una de las grandes metrópolis del planeta, con una densidad de población de alrededor de 22 000 habitantes/km<sup>2</sup>. Desde sus orígenes en la época prehispánica, se ha caracterizado por ser un punto de tránsito, confluencia y mercado; primero, por su diversidad en la composición étnica y lingüística y, posteriormente, por las diferencias religiosas, sociopolíticas y las desigualdades económicas, por ser un lugar de atracción y recepción de migrantes de todo el mundo, por la violencia y actuación del crimen organizado, así como por la libre expresión de la diversidad de género, la oferta comercial, educativa y cultural. Se ha distinguido también porque varios de sus sectores económicos se han despolitizado en nombre de la consecución de una vida plena de beneficios individuales.

Asimismo, en la historia reciente de la Ciudad de México, los ciudadanos hemos vivido movimientos políticos de gran envergadura y también experimentado otro tipo de seísmos: los terremotos de 1985 y 2017. Durante los dos trágicos episodios, en los que perdieron la vida cientos de miles de mexicanos, se constató, una vez más, que las catástrofes se generan cuando existe una condición de vulnerabilidad, es decir, los desastres no son naturales.

En los primeros meses de la pandemia, esta condición se hizo más evidente entre quienes ejercen el comercio informal. En el caso de los libreros de ocasión, como muchos otros oficios en la Ciudad de México que no se consideran relacionados con actividades prioritarias en el país, se debilitó por su condición “de calle”. Así lo indica Rosa Sánchez, una de las mujeres libreras más reconocidas en la ciudad porque, hasta hace algunos años, el oficio de librero había sido por entero masculino: “Sí. Vendemos en la calle, al paso, informal. Sin embargo, podemos vender libros que difícilmente encontrarías en las librerías. Ya no los hay” [Rosa Sánchez, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020].

La historia del mercado del libro viejo, libro usado o libro de ocasión ha estado plagada de disputas de diversa índole. Durante la década de 1960, los libreros fueron promovidos por parte del entonces Departamento del Distrito Federal y dieron curso a ferias para la promoción tanto de libros nuevos como de usados. Veinte años después, se instaló la primera feria del libro en el pasaje del metro Zócalo-Pino Suárez; posteriormente, otra feria se estableció en el Museo Nacional de Arte y, hace relativamente poco, se creó la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, organizada por la Coalición de Libreros de Viejo de la Ciudad de México. Año tras año, esta última se desarrollaba casi al mismo tiempo que la Feria Universitaria del Libro en el Palacio de Minería, en la sede del Casino Cubano en la calle de Tacuba. Debido al alto costo para sostenerse consiguió que, en 2007, el gobierno local mudara a carpas instaladas exprofeso en el parque de la Alameda Central, a un costado del Palacio de las Bellas Artes [Manuel Cruz, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020]. En febrero de 2020, poco antes del arribo al país de la pandemia por COVID-19, se suscitó una fuerte disputa por el espacio de la venta de libro, así como en torno al liderazgo del evento, por lo cual las autoridades locales les exigieron desmontar los puestos. Sin embargo, gracias al apoyo de un diputado del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), la venta logró prolongarse por unos días más. En esa ocasión, la escritora Elena Poniatowska denunció, en una nota periodística (2020), que habían “levantado” a varios vendedores en la alcaldía Álvaro Obregón. La nota desató denuncias sobre sucesos similares en la alcaldía Cuauhtémoc: “De seguro en las alcaldías a muy pocos les importa ese deshonroso baldón cultural; por eso se dedican a acosar con tanta saña a los vendedores de libros, mientras el ambulante crece sin frenos” (Montero, 2020). Pero lo que ignora la escritora, según algunos libreros, son “las infamias del libro” [Manuel Cruz, testimonio, Ciudad de México, febrero de 2020]: la disputa por este objeto y el hecho de que la competencia por los sitios de su comercialización provenga del propio Fondo de Cultura Económica, institución que —varios aseguran— fomenta únicamente la distribución y lectura de libros nuevos publicados por las grandes casas editoriales comerciales.

Unas semanas después de este conflicto devino el confinamiento y los libreros “en situación de calle” dudaron si debían detener actividades, porque la pandemia no parecía ser real. Quienes suspendieron por completo su labor comenzaron a resentir la falta de ingresos: “Mis clientes no quieren compras a domicilio y tengo que vivir de lo que me deja manejar un taxi que me presta mi hermana” [Raúl Pérez, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020]. A José Ramón no se le volvió a ver en el mercado, pese a que otros continuaron vendiendo. Por su parte, los libreros de viejo establecidos,

esto es los que cuentan con librerías en el centro de la ciudad, cerraron sus puertas y otras, ubicadas en colonias aledañas, continuaron trabajando tras la cortina bajada y recibiendo clientes con previa cita e implementando diversas estrategias para sobrellevar la crisis y proteger a sus empleados. Las librerías de ocasión ubicadas en el sur de la ciudad, cercanas al campus de la Universidad Nacional Autónoma de México, detuvieron por completo su actividad, no obstante prosiguieron con la búsqueda de clientes y ofreciendo promociones a través de Facebook.

### **La higienización de lo *vintage***

La Ciudad de México no cesa de moverse. Es un hecho que, desde el inicio del confinamiento, los tianguis continuaron ofreciendo productos y servicios a compradores que han hecho caso omiso de la emergencia. También es cierto que los sectores económicos medios y altos responden cada vez más a la previsión, pero el resto de la población, no: es una sociedad que vive la ciudad en la calle. Paradójicamente, la vida cotidiana de los libreros se desarrolla en los espacios públicos. Es una ciudad cuyos habitantes se mueven por el comercio, como indica Jorge Santos, un conocido librero de la zona de Balderas: “Me prohibieron abrir mi lugar [su puesto de libros], pero bajo mi riesgo hoy volví a abrir, estaba vendiendo afuera de una peña allá en Peralvillo y también en el tianguis de Santa Julia. Vivo al día. Y lo veo cabrón. Solo saco lo de la comida” [Jorge Santos, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020].

Por su parte, desde hace un par de años existe un particular movimiento alrededor del libro usado, iniciado por grupos juveniles que mercan publicaciones por internet, pero que citan a sus clientes en la plaza de la Santa Veracruz en el Centro Histórico y en un espacio nuevo para tal efecto en el Jardín San Fernando, en la colonia Guerrero. Allí, efectúan sus ventas y realizan intercambios de libros con quienes les compran y también entre los propios vendedores y amigos. Debido a las medidas de contingencia sanitaria, algunos de los puesteros de libro viejo instalados en el Callejón Condesa, desde la década de 1980, abandonaron temporalmente este lugar y se trasladaron, de manera parcial, a dichos sitios. Otros regresaron, a pesar de la contingencia, a sus puestos dentro del campus de la Universidad Nacional Autónoma de México, sobre todo quienes cuentan con material de interés para los compradores que acuden al lugar y con el propósito de intercambiar y adquirir libros ofrecidos por otros libreros.

Este movimiento comercial y social permite que cierto tipo de libros continúe circulando, en particular de literatura y otros de interés juvenil, como cómics o revistas diversas, porque los libros que consumen los académicos se encuentran en espera de ser adquiridos. De acuerdo con testimonios de libreros, los clientes de la universidad solo quieren comprar libros nuevos porque consideran que están limpios, aunque los lleven mensajeros que estuvieron todo el día en la calle, o bien, dicen otros: “[los clientes] solo quieren libros electrónicos. Un cliente hasta me preguntó que isi el papel

se puede desinfectar!” [Raúl Pérez, entrevista, Ciudad de México, abril de 2020]. Así, en la narrativa de los librereros se refiere que lo viejo, lo usado, en el contexto de la pandemia, es considerado por la gente como sucio, infectado. Se trata de la higienización de lo *vintage*. Los vendedores se preguntan ahora si se retomará el comercio de antigüedades u objetos que, en años recientes, ha cobrado mucho auge entre sectores económicos medios y altos de la población de la Ciudad de México, porque la compra e intercambio de objetos buscados por coleccionistas implica acudir a lugares sucios, polvorientos y llenos de basura.

Para algunos vendedores, los libros son meras mercancías; para otros vendedores “de banqueta”, como José Ramón, no tienen mayor o menor importancia que un florero viejo. Así como venden libros, mercan un sinfín de objetos. Eduardo, el chacharero o “charchinero”, como también se les conoce, mencionó que:

Yo estoy saliendo; tengo un primo que ya lleva un mes hospitalizado [por COVID-19], pero ¿qué hago? Tengo dos niñas [qué mantener]. El primer mes me salieron chambas y había oferta de cosas, pero, hasta este jueves 21 de mayo, salió más gente al tianguis y ya vendí mejor. Pero cada quien sabe cómo le va y qué hace [Eduardo, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020].

De igual manera, Juan Osuna dice que: “López Obrador nos dejó otra semana más [en confinamiento] y no lo vamos a soportar; ya me acabé mi último lote de libros por rematarlos el primer mes” [Juan Osuna, entrevista, Ciudad de México, abril de 2020].

Por su parte, para los librereros especializados, “establecidos” o de “mano en mano” y con mayor experiencia, los libros usados tienen una historia tras de sí y no se venden como un mero objeto, sino como “pieza”, término con el que se le conoce en la jerga del gremio a aquellos valorados por diversas razones: en principio, por pertenecer a la categoría de lo raro, lo antiguo, lo buscado, la originalidad de los materiales, el número de ejemplar del tiraje en cuestión, el año de publicación y el pie de imprenta, el tipo de papel y si tienen firmas y dedicatorias. Entre otros, estos constituyen los criterios para determinar si se está ante una joya, que ocasionalmente se logra hallar en el circuito de libros, y surgen, justamente, de pensar —en palabras del antropólogo indio Arjun Appadurai— en la vida social de las cosas (Appadurai, 1991: 17): “Hay libros que nomás por su textura, su peso y su encuadernación están hechos para que no los sueltes. No todo lo que consigues es para vender”, comenta Manuel Cruz, un librero bibliófilo [entrevista, noviembre de 2019]. Este tipo de libros ha tenido muy poca circulación en estos meses porque la mayoría de los coleccionistas, subastadores, eruditos y académicos que suelen adquirirlos, están en confinamiento. Sin embargo, siempre se busca la forma de concretar la compra-venta y el semáforo epidemiológico naranja, establecido por el gobierno local, ha permitido el restablecimiento de los mercados sobre ruedas o tianguis, donde se han abierto paulatinamente los puestos de libro usado.

## Colofón

“Está complicado. No hay nada, ninguna feria en lo inmediato. Todo está muy lento”, dice Sebastián Suárez [entrevista, Ciudad de México, abril de 2020]. La preocupación de los libreros “ferieros”, como él, está en el hecho de que no ven que exista algún tipo de promoción en el futuro próximo para la compra-venta de libro antiguo y de ocasión [Sebastián Suárez, entrevista, Ciudad de México, abril de 2020]. No hay una política de fomento a la lectura por parte de la Secretaría de Cultura que vaya más allá de la reedición de los “clásicos”. Por igual, según Julio Pérez, para las pequeñas casas editoriales, “la caída de la industria editorial es devastadora. Hay entre un 80% y 90% de ventas caídas, nuestra casa editorial está por cerrar; llamamos a la donación y ofrecemos obra de arte a cambio” [Julio Pérez, entrevista, Ciudad de México, junio de 2020]. En algunos estados de la República han comenzado de nueva cuenta las ferias del libro. Incluso, el Instituto Nacional de Antropología e Historia echó a andar su feria de libro anual en modalidad virtual y abrió un par de espacios para libreros de viejo.

Cuando se habla de libros, librerías y libreros, el imaginario social pone en marcha lo aprendido de las instituciones de “cultura”: el maravilloso universo de las letras, las grandes bibliotecas, las famosas librerías de viejo donde se antoja tomar un libro de los anaqueles y sentarse en un taburete de piel a leerlo disfrutando de un buen café. También se piensa en las tertulias literarias y las palabras de los eruditos. Si bien estas estampas de la vida entorno al libro son reales, son por igual verdaderas las historias paralelas de esas mismas escenas: la especulación y la fuga de libros al extranjero, la voracidad de algunos vendedores por obtener, sin discriminación alguna, libros viejos que resguardarán en la espera del mejor comprador. La gran heterogeneidad de libros y libreros en la Ciudad de México evidencia otras escenas: el librero de la calle que no lee, que abarata los precios por desesperación o por desconocimiento de su valor, que no es un “portador digno” del oficio e, incluso, a decir de muchos, ni deberían ser considerados como libreros: “Fui a ver a mi amigo; él ya estaba contagiado de COVID-19, a ver si yo también estoy infectado. Ya no voy a poder salir a vender, o tal vez sí salga. Voy a vender el lote de libros que sea, no me importa” [Román López, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020]. Otros libreros resguardarán piezas valiosas mientras se añejan como los vinos; la pátina incrementará su valor.

## Bibliografía

Appadurai, Arjun (ed.) (1991). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo.

Montero, José Antonio (28-02-2020). "Los enemigos del libro". *La Jornada*. "Correo Ilustrado". Recuperado de:  
<<https://www.jornada.com.mx/2020/02/28/opinion/002a2cor>>.

Poniatowska, Elena (16-02-2020). "¿Por qué se atenta contra los libros?". *La Jornada*. "Cultura". Recuperado de:  
<<https://www.jornada.com.mx/ultimas/cultura/2020/02/16/por-que-se-atenta-contra-los-libros-elena-poniatowska-9134.html>>.